

una introducción ilustrativa de su vida y pensamiento, y unos útiles índices bibliográfico y temático.

La tarea de realizar una selección de textos que sean representativos del *corpus* espiritual de C. de Foucauld se enfrenta primeramente con la dificultad de que el autor no redactó tal cuerpo doctrinal (salvo algunos reglamentos y directorios que, además, el propio hermano Carlos se veía obligado a abandonar ante exigencias de la caridad con quienes le rodeaban). Otra dificultad no pequeña es la gran cantidad de cartas a numerosos corresponsales que ha llegado a nosotros. Si bien permiten leer su vida y su evolución espiritual de manera inmediata y directa, a la vez dan pie a una notable diversidad de interpretaciones según se ponga el acento en una etapa de su vida o en una faceta de su actividad.

La breve biografía permite seguir los pasos del hermano Carlos desde su infancia y juventud, su conversión, la labor evangelizadora en el África francesa, el duro contraste entre sus sueños misioneros y la ausencia de resultados, que le lleva a un creciente abandono en Dios, hasta su muerte en 1916.

Las claves de su espiritualidad —la imitación de Jesús en su anonadamiento, en su vida familiar en Nazaret como modo de estar en el mundo de forma escondida, y en llevar su noticia a los que ocupan el último lugar en el desconocimiento de su salvación, etc.—, se ven reflejadas en las voces del índice temático, y obedecen a la finalidad que los autores de esta selección han buscado: que los «destellos o fogonazos aquí presentados permitan captar la experiencia de una vida en la que el Espíritu Santo manifestó un modo de entender y vivir la vida cristiana (...) que puede ser una ayuda particular-

mente adecuada para aquellos cristianos y para aquellas comunidades que viven con conciencia de ser una 'mínima minoría' en el desierto de la actual increencia, pero que sienten igualmente como un reto inaplazable la urgencia de vivir y ofrecer al mundo el evangelio de Jesucristo» (p. 8).

J. F. Pozo

Dietrich VON HILDEBRAND, *La esencia del amor* (traducción de Juan Cruz Cruz y José Luis del Barco), EUNSA, Pamplona 1998, 430 pp., 25 x 17, ISBN 84-313-1598-9.

La traducción que acaba de aparecer en castellano por obra de los profesores Juan Cruz Cruz y José Luis del Barco, y que incluye un brillante estudio introductorio del prof. Cruz sobre el amor esponsal como valor ontológico, pone a disposición del gran público del mundo hispanohablante un libro de extraordinario y enjundioso interés, a la vez que de lectura llana y agradable. Y ello por dos razones fundamentales.

La primera por el tema tratado en esta obra, algo tan cercano, y tal vez por eso difícil de conceptualizar y tematizar, como el amor. La segunda porque se trata de la última gran obra publicada en vida por Dietrich von Hildebrand, y eso hace que se condense en ella lo más maduro y granado de su pensamiento.

En relación al contenido, vemos en esta obra un estudio del amor con un rigor y profundidad propiamente filosóficos inéditos, por lo que sabemos, hasta ahora. En él, Dietrich von Hildebrand aborda el fenómeno del amor derechamente y al más puro estilo fenomenológico, esto es, mirando la vivencia que

aparece a nuestra conciencia que llamamos amor e intentando describirla lo más fielmente posible. Pero, sin embargo, ni el autor, ni en general el método fenomenológico, se quedan en una mera descripción y delimitación de lo atendido respecto de lo que no es. El análisis fenomenológico de los elementos de la vivencia estudiada, en este caso el amor, alcanza a descubrir las diversas relaciones, esenciales y necesarias unas, accidentales o adyacentes otras, que entre ellos se dan. De este modo se logra una penetración de la esencia del amor de una inteligibilidad notablemente elevada y enriquecedora. El método y talante intelectual utilizado queda bien expuesto en los prolegómenos de la obra.

A lo largo de las páginas el autor va recortando en el mapa de la subjetividad humana la vivencia del amor, comenzando por la caracterización más general como respuesta peculiar a valores. Peculiar por contener unas notas propias, como son el carácter de don, el trascenderse que vive el sujeto cuando ama y la intención unitiva con lo amado. Estas características conforman de diverso modo el amor en sus diversas formas: el amor al prójimo, el amor de amistad y el amor esponsal. Es en éste último donde el amor adquiere toda su fuerza y plenitud, y por ello es tomado como ejemplar en el riguroso y muy útil estudio del prof. Cruz.

No podía faltar una parte dedicada a la relación entre el amor y la felicidad, en particular la relación de motivación y consecuencia. Ni tampoco el sentido de la relación de pertenencia de lo amado respecto al amante. Como filósofo fiel a la experiencia que recoge en la realidad, Hildebrand analiza también de modo pertinente el amor en la forma de caridad, esto es, de amor cristiano natural y sobrenatural. Por último, es

de gran interés la relación atendida entre el amor y la moralidad, tanto los males morales que conllevan formas falsas del amor, como las exigencias de un amor moralmente bueno.

Esta obra es, como se ha dicho ya, la última de envergadura aparecida en vida del autor (*Das Wesen der Liebe*, 1971), que murió en 1977, cuando aún preparaba la publicación del segundo tomo de su «Estética» y la redacción de su importante obra moral, publicada póstumamente bajo el título «Moralia». Se nota, por tanto, en la obra una maduración de temas que ya habían aparecido en escritos anteriores, lo que permite al autor recoger lo mejor de ellos sin detenerse en explicaciones que alargarían el texto, pero sin dejar de señalar los lugares a los que el lector interesado puede acudir. En concreto, se recoge en «La esencia del amor» la importante distinción de categorías que de lo importante aparece en la obra capital del autor, su «Ética», a saber, la diferencia entre lo subjetivamente satisfactorio, lo valioso y lo objetivamente bueno para el sujeto. También se encuentra una notable cercanía con «El corazón», publicado recientemente en castellano, con su interesante y fino estudio «Sittlichkeit und ethische Wertekennntnis» («Moralidad y conocimiento de valores éticos»), y con «Deformaciones y perversiones de la moral», traducido al castellano pero no reeditado desde hace más de treinta años.

Asimismo, como se ha apuntado, comparece aquí algo habitual en Hildebrand, y es que no sólo no orilla, sino que trata expresamente los datos que, como cristiano, se encuentran en la doctrina revelada, en este caso sobre la caridad sobrenatural. Pero este tratamiento es conducido siempre de modo

pertinente, sin servirse de él como pretexto y sin confundir el plano sobrenatural con la reflexión natural.

S. Sánchez-Migallón

Mons. José SARAIVA-MARTINS (dir.), *La formazione sacerdotale oggi nell'insegnamento di Giovanni Paolo II*, ed. Libreria Editrice Vaticana, Città del Vaticano 1997, 953 pp., 15,5 x 22, ISBN 88-209-2268-1.

Dedicado a Juan Pablo II en sus bodas de oro sacerdotales y con prólogo del Card. P. Laghi, el presente libro recoge las intervenciones pontificias en la jornada mundial de oración por las vocaciones, las palabras del Papa a los sacerdotes y a los seminaristas, a los rectores de los seminarios y a algunos dicasterios romanos, las alocuciones pronunciadas a la hora del *angelus*, y la Exhortación apostólica *Pastores dabo vobis*. Subrayemos tres puntos nucleares de la amplia introducción de Mons. J. Saraiva-Martins: *la vocación sacerdotal*, iniciativa de Dios y respuesta del hombre, *la identidad sacerdotal*, el sacerdocio de Cristo y el sacerdocio de la Iglesia, y *la formación sacerdotal*, humana, espiritual, intelectual y pastoral, inicial en el candidato y permanente en el ordenado, con sus ambientes y protagonistas propios. Pero detengámonos en la Exhortación apostólica *Pastores dabo vobis*.

Juan Pablo II guarda un sereno equilibrio entre la identidad, vocación y espiritualidad cristiana y sacerdotal, así como entre sus dimensiones trinitaria, cristológica, pneumatológica y eclesiológica. La *Pastores dabo vobis* no estaría planteada tanto como respuesta al problema de la identidad sacerdotal cuanto como reconocimiento de la prestancia eclesial del estado de vida ministerial

(cfr. n. 3e). Juan Pablo II guarda también un sereno equilibrio entre la identidad, vocación y espiritualidad del cristiano y del sacerdote y, dentro de ésta, la identidad, vocación y espiritualidad del sacerdote diocesano. Los tres momentos principales en que el Papa entra directamente en esta cuestión se sitúan respectivamente en otros tres contextos esenciales: la vida espiritual del sacerdote (n. 31), la formación inicial del candidato (n. 68) y la formación permanente del sacerdote (n. 74). Pero fijémonos en el tema de la vocación.

El n. 35g de la Exhortación apostólica *Pastores dabo vobis* ha podido ser barajado en un debate parcial sobre la Iglesia y el don de la vocación. Lo delicado del asunto es el siguiente inciso del texto castellano: «Es tarea del Obispo o del superior competente no sólo examinar la idoneidad y la vocación del candidato, sino también reconocerla. Este elemento eclesial pertenece a la vocación, al ministerio presbiteral como tal».

Se ha observado, por una parte, que en el n. 35g, «la naturaleza mediatrix de la intervención eclesial aparece clara en el texto latino, mientras que queda diluida en el texto castellano». La razón de que no aparezca en el «original latino» el inciso del texto castellano puede ser que «el Papa, después de calificar como función mediatrix el papel que cumple la Iglesia respecto a la vocación divina al presbiterado, no haya considerado oportuno elevar al rango de *vocación* a las actividades eclesiales de discernimiento y reconocimiento de la vocación sacerdotal, siquiera sea por no tomar partido autorizadamente en una *quaestio disputata*» (T. Rincón-Pérez, *Sobre algunas cuestiones canónicas a la luz de la Exh. apo. «Pastores dabo vobis»*, en «Ius Canonicum» 33 [1993] 376).